

# NOTAS Y COMENTARIOS

## Una espiritualidad cristiana secular desde Madeleine Delbrêl

TOMÁS JESÚS MARÍN MENA  
*Granada*

*“Nuestros pasos avanzan por una calle,  
pero nuestro corazón late en el mundo entero”<sup>1</sup>*

### I. INTRODUCCIÓN

Asistimos a un momento en Europa de un continuo descenso de la importancia de la Iglesia a nivel sociológico. A pesar de que algunos todavía quieran salvarlo, el modelo de cristiandad ya ha sido superado, histórica-socialmente y teológicamente. Vivimos en el tiempo de los seglares<sup>2</sup>. Es la *hora* de la Iglesia toda, pero en este contexto se

<sup>1</sup> En J. LOEW, *Vivir el Evangelio con Madeleine Delbrêl*, Sal Terrae, Santander, 1997, 134, sacado del texto M. DELBRÊL, *Nous autres, gens des rues*, Seuil, Paris, 1966, p. 71.

<sup>2</sup> Prefiero utilizar a lo largo de todo el trabajo el término *seglar* al de *laico*. Haciendo referencia a lo mismo considero que el primero acentúa más lo identitario. *Laico* derivada del griego, *λαός* (pueblo), significaría el que pertenece al pueblo, en oposición al clero, pero desde una auténtica eclesiología todos los cristianos son Pueblo de Dios. Mientras tanto *seglar*, que viene de la palabra latina *saeculum* (siglo, mundo), expresa una mayor especificidad de la forma de vida seglar respecto de las otras formas de vida cristianas, en sintonía con la teología de las formas de vida cristiana expresada por Karl Rahner y ratificada por el Concilio Vaticano II en *Lumen Gentium*: “El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. [...] Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las

hace más necesario intensificar la conciencia y misión de los seglares. De la misma manera que en los dos primeros siglos el número de cristianos aumentaba porque los cristianos de a pie daban testimonio de Cristo en medio de sus tareas ordinarias y de la vida social, hoy pocos de los que nunca han oído hablar de Jesús o llevan mucho tiempo ignorando la doctrina de la Iglesia conocerán a Jesús por medio de un sacerdote (ya que no se acercarán a una parroquia)<sup>3</sup>, más bien tendrán la posibilidad de compartir la amistad, el estudio en la universidad, el trabajo, etc., con este o aquel cristiano seglar y percibir, a través de su presencia vital, sus relaciones y sus prioridades, que Alguien mueve su existencia.

En resumen, urge el protagonismo y el compromiso de los seglares. Urge que se pase de una presencia cristiana en la sociedad basada en un catolicismo cultural indiferente y descomprometido a una experiencia cristiana existencial<sup>4</sup>. Es por ello que queremos presentar la vida y espiritualidad de Madeleine Delbrêl. Ella, una verdadera mística de la vida cotidiana y secular. Ella, poeta del mundo desde Cristo. Ella, consagrada al trabajo por el Reino de Dios en un ambiente anti-eclesial. Ella, seglar amante de la Iglesia y del mundo. Ella tiene mucho que enseñarnos y que inspirarnos a los que deseamos vivir el Evangelio en un contexto, al menos en parte, lleno de ruidos cotidianos e imágenes, donde no es fácil encontrar espacios de silencio, donde se buscan nuevas formas de meditación, en un contexto turbulento políticamente, donde la Iglesia no se siente cómoda, donde es extraño ser joven cristiano.

Para abordar la vida y espiritualidad de Madeleine Delbrêl distinguiremos cuatro capítulos. El primero corresponde a una breve reseña biográfica de la mística francesa, el segundo dibuja su experiencia de encuentro con Dios, el tercero su mística en la acción y el cuarto, a

condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida” (nº 31).

<sup>3</sup> Igualmente considero primordial a nivel testimonial la misión de la Iglesia en su aspecto institucional. El papel y servicio de la Conferencias Episcopales, los Obispos y las instituciones católicas con dimensión social.

<sup>4</sup> Llamada *cristianía*, por Olegario González de Cardedal y Raimon Panikkar, para diferenciarla del modelo de cristiandad y del cristianismo como hecho cultural.

modo de conclusión, es una propuesta personal desde algunos escritos de Madeleine para una ascética que nos permita una mística secular.

## II. MADELEINE, UNA MÍSTICA COMÚN Y CORRIENTE

Madeleine Delbrêl nace el 24 de octubre de 1904 en la población de Mussidan (Francia) y muere el 13 de octubre de 1964. Creció en diferentes ciudades francesas debido al trabajo de su padre (ferroviario) estableciéndose en París desde los 13 años<sup>5</sup>. Tuvo una educación cristiana sencilla en la infancia. Su educación intelectual a través de profesores particulares le hizo beber de un gran entusiasmo por el cultivo de la inteligencia, la sed de conocimientos y la pasión por la música y la poesía, además de transmitirle el clima agnóstico y laicista de su tiempo.

Vivió el esplendor cultural y artístico de los años 20, así como las dos catastróficas Guerras Mundiales. La I GM le afectará para llegar a autodefinirse “estrictamente atea”. La II GM le llevará a volcarse, después de su conversión, como trabajadora social en la ciudad donde vive entonces. Desde entonces Madeleine continuará su labor social al lado de comunistas ateos y escribirá sobre su vocación y su experiencia del Dios vivo, que ella entiende como una misión inserta en el mundo.

A continuación vamos a desarrollar algunos hitos en su itinerario personal. Primeramente lo que llamaremos su etapa *nadista*, en segundo lugar el entorno de su conversión y por último su compromiso impregnado de espiritualidad.

### 2.1. *El nadismo de Madeleine*

Escribe Madeleine en *Nous autres, gens des rues* que “a los quince años era estrictamente atea y cada día encontraba más absurdo el mundo”. Se considera en esos años un “ser autosuficiente” que trata-

<sup>5</sup> Me ayudo en lo biográfico de la primera parte de la tesis doctoral: M. LÓPEZ VILLANUEVA, *Transfigurar lo cotidiano. La mistagogía evangélica de Madeleine Delbrêl*, Facultad de Teología de Granada, Granada, 2014, pp. 21-163.

ba de llenar sus inquietudes a través de la literatura (especialmente la poesía), el arte y la filosofía. En 1920 (quince - dieciséis años) empieza a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de la Sorbona, además participa en ambientes literarios y artísticos, y sigue recibiendo clases para formarse como pianista - la vocación que su padre soñaba para ella.

Es curioso que antes del pesimista existencialismo filosófico francés, Madeleine ya vive vitalmente la experiencia de que si Dios no existe, la respuesta a la pregunta última es la nada, el absurdo. Como atea, la muerte se le presenta obsesivamente como final trágico y sin sentido:

“Se ha dicho: ‘Dios ha muerto’. Si es verdad, habrá que tener honestidad de no vivir más como si Dios existiera.

Ahora sabemos dónde estamos. Si bien no sabemos exactamente la talla exacta de nuestra vida, sí sabemos que será pequeña, que será una vida minúscula. Para unos la desdicha ocupará todo el lugar. Para otros, la felicidad ocupará más o menos lugar. No será jamás ni una gran felicidad porque ocurrirá en nuestra pequeña vida [...]”<sup>6</sup>.

En el citado fragmento Madeleine declara que si rechazamos a Ese que da sentido al todo de la existencia, la vida o será infeliz o solo parcialmente - pequeñamente - feliz. Si quitamos al Absoluto de nuestro horizonte, la vida vista en perspectiva global es un absurdo. Dirá años más tarde el filósofo francés Jean-Paul Sartre que la vida no tiene sentido *per se*, sino el sentido que cada uno se construya, lo que no tiene que conllevar un absurdo personal, pero sí habría que responder “nada” en la búsqueda del sentido ante las grandes cuestiones: el nacimiento, la muerte, una ética. Madeleine Delbrêl en su época atea describe el vacío que se experimenta sin Dios, especialmente el que ocupa una muerte que es “nada total”. Irónicamente exclama: “*Dieu est mort... ¡Vive la mort!*”. Es desgarrador el siguiente fragmento que nos atisba el anhelo divino oculto en el corazón de nuestra autora.

<sup>6</sup> De una carta de Madeleine Delbrêl a los 17 años. Recogida en M. LÓPEZ VILLANUEVA, *Transfigurar lo cotidiano*, p. 32.

“Ah, no. Está liquidada la sucesión de Dios. Él ha dejado por todos lados hipotecas de eternidad, de poder, de alma... ¿Y quién lo ha heredado? La muerte... Dios es eterno: ahora sólo la muerte subsiste; Él lo podía todo, ella lo domina todo y a todos. Él era espíritu - no sé bien qué es eso - pero ella, la muerte, está por todas partes, invisible, eficaz; da un pequeño golpe y ¡pum!, el amor deja de amar, el pensamiento de pensar, el bebé de reír... y no hay más [...]. Entonces le dices (a un moribundo) ‘Hasta luego’ o ‘Adiós’... porque no aprendimos a decir ‘Hasta ninguna parte’... ‘¡Hasta la nada total!’”<sup>7</sup>.

## 2.2. *Su camino de conversión*

Se sabe que a sus dieciocho años Madeleine estuvo enamorada de Jean Maydiou, un joven de veintidós, estudiante de ingeniería, inteligente, profundo y atractivo. En el entorno de ambos fueron vistos como comprometidos. Pero repentinamente Jean desaparece de la vida de Madeleine para seguir su vocación religiosa en la Orden de Predicadores. Esta separación le causó mucho dolor, sobre todo, porque Jean nunca volvió a comunicarse con ella. Ese dolor lo manifiesta en sus poemas, en ellos podemos observar una búsqueda de sentido ante el sufrimiento y la fragilidad, que preparó su conversión.

A los veinte años (1924) Madeleine se convierte. Acontecimiento que describe posteriormente acompañado por las palabras “violenta” y “deslumbramiento”. Un primer factor que favoreció su conversión fue el testimonio de conocidos cristianos, que desde la normalidad de su vida y sus convicciones le hicieron replantearle la pregunta sobre Dios. Un segundo factor, en paralelo al anterior, es la razonabilidad de Dios: “para ser completamente sincera debía admitir que Dios ya no era rigurosamente imposible y no debía ser tratado como si con seguridad fuera inexistente”<sup>8</sup>. Desde esa nueva posición intelectual y existencial decidió hacer lo que le parecía más coherente con su nueva perspectiva: rezar. En su oración<sup>9</sup> no solo estaba el Dios razonable,

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>8</sup> M. DELBRËL, *Ville marxiste, terre de misión. Provocation du marxisme à une vocation pour Dieu*, Cerf, Paris 1957, p. 225, texto recogido en la ‘Introducción’ de Jacques Loew en M. DELBRËL, *Nosotros, gente común y corriente. Textos misioneros*, Lumem, Buenos Aires, 2008, p. 18.

<sup>9</sup> Se iniciará en la oración desde las recomendaciones de Santa Teresa.

al que ya había encontrado leyendo y reflexionando, sino el Dios vivo y personal: “rezando creí que Dios me encontraba a mí y que es una realidad viviente; y que se lo puede amar como se ama a una persona”<sup>10</sup>.

### 2.3. *La conciencia de su vocación*

A partir de su conversión, de ese “deslumbramiento”, Madeleine comienza a orientar progresivamente su vida desde el Dios revelado en Jesús. Mariola López Villanueva compara la experiencia de Madeleine con la de los profetas - místicos y comprometidos con la realidad -<sup>11</sup>. Veamos por qué.

Madeleine siente dirigida a ella la llamada del profeta Oseas al desierto (cf. Os 2, 16). El lugar del desierto es algo que irá dilucidando poco a poco, que al principio - se plantea ella - puede identificarse con la vida religiosa en el Carmelo, pero que encontrará finalmente en el corazón de la ciudad y entre las multitudes.

Ese desierto, que en los años 1925-1926 vive en soledad por el desamor con Jane y su situación familiar (enfermedades de sus padres), le irá haciendo madurar sobre su misión apostólica en el mundo. Primeramente verá en la belleza y en el arte, particularmente a través de la poesía, la manera de canalizar su vocación. Toda belleza - la de la naturaleza y la de la literatura secular - que ha de comunicar el poeta tienen su origen para ella en la Belleza divina. Desde 1926 comienza Madeleine a colaborar en las actividades de la parroquia de Saint Dominique donde era párroco su amigo y acompañante, el *abbé* Lorenzo. En 1930 llega a la idea, junto con otras amigas, de dedicarse por completo a la misión, haciendo opción de celibato, viviendo el Evangelio insertas en el mundo corriente. En 1933 deciden ir a Irvy, una comuna obrera en el extrarradio de París, para desempeñar allí su entrega misionera. Desde entonces Madeleine, formándose como trabajadora social, no dejará de desfondarse con sus amigos comunistas en favor de las gentes más sufrientes de Irvy. Además, hasta el final de sus días no dejó de acompañar a grupos cristianos, comprometidos

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>11</sup> Cf. M. LÓPEZ VILLANUEVA, MARIOLA, *Transfigurar lo cotidiano*, p. 136-147.

secularmente, y de iluminarles con sus escritos sobre espiritualidad y misión<sup>12</sup>.

### III. LA EXPERIENCIA DE UN DIOS SECULAR QUE NOS HACE VIVIR

Nos acercamos a la experiencia de encuentro con Dios de Madeleine. Primero nos detendremos en su imagen de Dios, para después aprender de su rica y creativa experiencia oracional.

#### 3.1. *La experiencia del Dios secular*

La imagen de Dios en la experiencia de Madeleine Delbrêl es la de un Dios unido al mundo. Un Dios inseparable del mundo. Y es que el Creador está presente en su creación. Dios se hace una “criatura” más en la Encarnación, principal razón teológica para hablar de un Dios secular.

Por lo tanto no cabe rechazar el mundo o huir de él con la excusa de entregarse a Dios. Para Madeleine quien opta por Dios, hace opción por el mundo<sup>13</sup>: “Aprendamos que no hay dos amores: quien abraza a Dios debe abarcar el espacio del mundo entre sus brazos;

<sup>12</sup> Sus obras: *Alcide. Guide simple pour simples chrétiens*, Seuil, Paris, 1980; *Ampleur et dépendance du service social*, Bloud et Gay, Paris, 1934; *Communautés selon l'Évangile*, Seuil, Paris, 1973 (en castellano: *Las comunidades según el Evangelio*, PPC, Madrid, 1998); *Indivisible amour. Pensées détachées inédites*, Centurion, Paris, 1991; *La Femme et la maison*, Éditions du Temps présent, Paris, 1941 (en castellano: *La mujer y la casa*, Atlántida, Barcelona, 1944); *La Joie de croire*, Seuil, Paris, 1968; *La Route*, Prix Sully-Prudhome, Paris, 1926 (Éd. Lemerre, 1927); *Missionnaires sans bateau. Les racines de la mission*, Parole et silence, Saint-Maur, 2000 (en castellano: *Misioneros sin barco*, Monte Carmelo, Burgos, 2011); *Nous autres, gens des rues. Textes missionnaires*, Seuil, Paris, 1971; *Veillée d'armes. Aux travailleuses sociales*, Bloud et Gay, Paris, 1942; *Ville marxiste, terre de mission. Provocation du marxisme à une vocation pour Dieu*, Cerf, Paris, 1957 (Seuil, 1970. Desclée de Brower, 1995).

<sup>13</sup> Cf. “Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, miente; pues si no ama al hermano suyo a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y el mandato que nos dio es que quien ama a Dios ame también a su hermano” (Jn 4, 20-21). Todas las citas bíblicas están tomadas de la *Biblia del peregrino*.

quien recibe el peso de Dios en su corazón recibe con él el peso del mundo”<sup>14</sup>.

Fue tan intensa esta experiencia del Dios secular para Madeleine que no podía sino leer el Evangelio en esta clave, llegando a afirmar que “la revelación esencial del Evangelio es la presencia dominante e invasora de Dios”<sup>15</sup>. No deja de ser fiel a la exégesis bíblica contemporánea. Y es que si, como sabemos, el Reino de Dios anunciado e inaugurado por Jesús de Nazaret es *Dios reinando con su presencia amorosa en el mundo* incondicionalmente, nada ni nadie queda fuera del amor de Dios. *Dominus est regit quia omnia*. No hay pues ningún lugar profano. Podemos encontrar esta Presencia por todas partes: dentro de nosotros y entre nosotros<sup>16</sup> (cf. Lc 17, 20-21); mientras se trabaja y mientras se espera; en el campo y en la ciudad; en las actividades cotidianas; en cada ser humano y en la naturaleza; en medio de la oscuridad y el mal; en los pobres de corazón y en los empobrecidos; en los marginados y excluidos por las instituciones sociales, políticas y religiosas; en todo lo humano; Presencia patente y latente a pesar de que la despreciemos y la ignoremos; en lo pequeño y en lo humilde, y oculto de manera que solo una mirada sacramental puede vislumbrarla<sup>17</sup>.

Nuestra autora en ningún momento olvida Mt 25 y tiene el convencimiento de que Cristo, Verbo encarnado, está omnipresente a

<sup>14</sup> M. DELBRËL, *La santidad de la gente sencilla*, Monte Carmelo, Burgos, 2012, p. 64.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>16</sup> Sin desarrollar la cuestión sobre si es mejor la expresión “dentro de vosotros” o “entre vosotros”, solo apuntamos que, a pesar de que tradicionalmente hemos traducido *entos hymin* por “dentro de vosotros”, la exégesis actual considera más exacta la traducción “entre” o “en medio de vosotros”. En cualquier caso, las expresiones no son excluyentes sino complementarias.

<sup>17</sup> La afirmación de estos *loci* de la Presencia divina se inspira tanto en las parábolas del Reino predicadas por Jesús como en los signos-milagros que él realiza, además de en otros dichos evangélicos de Jesús. Algunas parábolas: semilla de mostaza (Mc 4, 30-32 par), levadura en la masa (Lc 13, 20-21par), el tesoro y la perla escondida (Mt 13, 44-45), trigo y cizaña (Mt 13, 24-30), la del sembrador (Mc 4, 3-9par). Algunos signos: curaciones (Mc 3, 1ss; Mc 5, 21ss; Mc 7, 31ss; Mc 10, 46ss; Lc 7, 2ss; Lc 14, 1ss), expulsión de demonios (Mc 5, 1-20par...), comidas con los pecadores y publicanos (Mc 2, 15-17par), expulsión del Templo (Mc 11, 15-18par).



diario en los rostros de los hermanos más pequeños, por eso escribirá: “Por todas partes aflora la sangre de Cristo. No hagamos aspavientos sobre el cáliz que la contiene: tenemos mejores cosas que hacer”<sup>18</sup>.

En la misma línea concibe la acción del Espíritu Santo, que da vida y santifica en todos los sitios. Éste no puede ser atrapado en los templos, monasterios o instituciones de ningún tipo. Madeleine, como Jesús, sabe que el Espíritu “sopla hacia donde quiere: oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va” (Jn 8, 3). Así pues, no hay que salir del mundo para encontrar a Dios o para ser una persona *espiritual*, sino sencillamente abrírnos a su amor allí donde nos encontremos:

“Hay lugares donde sopla el Espíritu; pero hay un Espíritu de todos los lugares [...].

[...] Nosotros, gente de la calle, creemos con todas fuerzas que esta calle, que este mundo donde nos ha puesto Dios es para nosotros el lugar de nuestra santidad.

Creemos que no nos falta nada de lo necesario, pues si algo nos faltara, Dios ya nos lo habría dado”<sup>19</sup>.

Llega a tal profundidad la experiencia de Dios de la autora francesa que hasta en una cafetería es capaz de elevar su corazón al Señor ya de interceder por sus congéneres de esta manera:

“Nos has traído esta noche  
a este café llamado *Claro de luna*,  
donde has querido ser Tú en nosotros  
durante algunas horas esta noche.  
Has querido encontrar  
a través de nuestras miserables apariencias,  
a través de nuestros ojos que no saben ver,  
a través de nuestros corazones que no saben amar,  
a todas estas personas  
que han venido a matar el tiempo.  
Y porque tus ojos despiertan en los nuestros,  
porque tu corazón se abre en nuestro corazón,

<sup>18</sup> M. DELBRÊL, *La santidad de la gente sencilla*, p. 156.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 26.

sentimos cómo nuestro débil amor  
se abre en nosotros como una rosa espléndida,  
se profundiza como un refugio inmenso y acogedor  
para todas estas personas cuya vida palpita en torno  
nuestro.

Entonces el café ya no es un lugar profano,  
un rincón de la tierra que parecía darte la espalda.  
Sabemos que por ti nos hemos convertido  
en un centro de carne,  
en un centro de gracia,  
que le obliga a girar en torno a él,  
a orientarse a pesar suyo,  
en plena noche,  
hacia el Padre de toda vida.

En nosotros se realiza el sacramento de tu amor.

Nos unimos a ti  
con toda la fuerza de nuestra oscura fe;  
nos unimos a ellos  
con la fuerza de este corazón que late por ti;  
te amamos,  
los amamos,  
para que de todos nosotros se haga una sola cosa.

Atrae todo hacia ti en nosotros...

[...] Dilata nuestro corazón para que quepan todos;  
grábalos en ese corazón  
para que queden inscritos en él para siempre.

[...] Y nuestros corazones irán dilatándose,  
cada vez más abrumados  
por el peso de los múltiples encuentros,  
cada vez más abrumados por el peso de tu amor,  
Llenos de ti,  
poblados de nuestros hermanos los hombres.

[...] Mientras tú sigues visitando en ellos la lúgubre  
tierra,  
ellos, contigo, suben al cielo,  
están condenados a una penosa ascensión,  
envueltos de barro, abrasados por tu espíritu,

unidos a todos,  
unidos a ti,  
encargados de respirar en la vida eterna  
como árboles por sus raíces enterradas”<sup>20</sup>.

### 3.2. *Vivir y respirar orando*

Como tenemos la posibilidad de encontrar a Dios en todos los lados y rincones del mundo, cualquier espacio y tiempo son buenos para que nuestra vida participe de la vida de Dios. En este camino de y hacia un vivir en plenitud - no sobre-vivir - dirá Madeleine Delbr el que es imprescindible la oración. Una oración que aspire a ser incesante (cf. 1Tes 5, 17). Una oración que llegue a ser tan natural y vital como el respirar. Si Dios es ubicuo, la oración también puede serlo.

En este subcapítulo usamos la metáfora de la respiración porque nos evoca a algo que nunca se detiene y que a su vez es necesaria para la vida biológica<sup>21</sup>. La oración para los cristianos es como pulmón que nos hace respirar en sintonía con Dios. Sin oración vamos apag ndonos existencialmente. Asimismo la oración puede ir convirtiéndose en algo constante, nos muestra Madeleine, por medio de ‘peque nas conexiones’ con la presencia de Dios, por medio del amor en todo lo que se hace y por medio del silencio buscado en medio de la jornada.

Una de las cosas más interesante que descubrimos en Madeleine Delbr el es su creatividad y su sensibilidad para *orar en las cotidianas circunstancias* (debido a la madurez de su experiencia mística). Ella se da cuenta de que los seculares mayoritariamente no podrán orar al modo de los monjes, pero no por ello se eliminar  la oración de la vida. Así, se inspirará en cómo Jesús ense n  a orar y oraba para hablar de dos estilos válidos para tal ejercicio:

“Cierta día, el Señor aconsej  a sus discípulos que cerrasen la puerta para orar. Pero otro día les ense n  el Padre-nuestro yendo de camino y rodeado de gente.  l mismo or 

<sup>20</sup> “Liturgia de los sin oficio”, una de sus más bellas y famosas oraciones, en M. DELBR EL, *La alegría de creer*, Sal Terrae, Santander, 1997, pp. 205-208.

<sup>21</sup> Cf. M. DELBR EL, *La santidad de la gente sencilla*, p. 115.

en soledad y en medio de la multitud. Si un cristiano sabe que debe orar en determinados lugares - Jesús oraba en el Templo -, debe saber también que puede hacerlo en todas partes”<sup>22</sup>.

Los dos rasgos, según Madeleine, que han de componer toda auténtica oración son la *soledad* y el *silencio*: “Si el brote de la presencia de Dios en nosotros se produce en el silencio y la soledad, nos deja posados, mezclados, radicalmente unidos a todos los hombres que están hechos del mismo barro que nosotros”<sup>23</sup>. Soledad, poniendo “la vida cara a cara con Dios”, en las pequeñas soledades de la jornada. Silencio, que es el “eco” de la palabra de Dios en nosotros a través de las cosas. A veces será un eco venido de la naturaleza (el viento, las olas del mar, la lluvia), sin embargo la mayoría de veces vendrá del “ruido de las criaturas que avanzan hacia su destino” porque “*todo es eco de la casa de Dios* en orden o en desorden, todo es señal de la vida al encuentro de nuestra vida”<sup>24</sup>.

Buscando un modo de oración adaptado a los tiempos, Madeleine propone “*respiraderos* capaces de restablecer nuestro contacto con Dios”<sup>25</sup>, los cuales se alcanzarán a través de las “*perforaciones*”. La perforación significa amar a Dios allí donde estemos, desear de corazón encontrarnos con Él, desear amarle con toda la fuerza del corazón. Esta voluntad-amor, que nos da a Dios, puede concretarse en la espera del metro o del autobús o en el tiempo durante el que nos transportamos en ellos, en cualquier espera cotidiana (antes de pagar en el mercado), en el moverse de un sitio a otro (dentro de un edificio o en la calle), en medio de un descanso laboral o del estudio...<sup>26</sup>. “Son momentos de oración preparados para nosotros, en la medida en que nosotros estemos preparados para ellos. [...] Y es que estos pequeños huecos existen para todo el mundo”<sup>27</sup>. Podemos: o bien *a*) aprovecharlo o bien *b*) soñar con nuestras cosas, estar pendiente de la publicidad de las calles o pensar en nuestras preocupaciones.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 214-215.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 173. La cursiva es mía.

<sup>25</sup> M. DELBRÉL, *La alegría de creer*, p. 217. La cursiva es mía.

<sup>26</sup> Cf. *Ibid.*, pp. 218-219.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 219.

Estas perforaciones se pueden hacer por medio de una oración por aquellos con quienes nos encontramos<sup>28</sup>, con una frase del Evangelio, de la Eucaristía, o expresando un deseo profundo nacido del corazón. Los medios son muchos, lo fundamental: abrir el corazón al Señor. El lugar, el mundo. La calle. Frente al ordenador. Al salir de casa. En el pupitre de la facultad. Mientras se conversa en los pasillos. Esperando el verde de un semáforo...

A mi juicio, no se trata de agobiarse pensando que tenemos que estar constantemente haciendo oración y obligándonos a no distraernos de la presencia de Dios. Un alma mística sabrá disfrutar, en medio de las calles de la ciudad y de las paredes y ventanas de su lugar de trabajo, lo que cada momento trae<sup>29</sup>; sabrá vivir el presente y darse por entero a las personas, situaciones y tareas que vengan a su encuentro. Pero para no perder el Sentido de sus movimientos y transparentar lo divino que hay en él, nunca dejará descuidar en su jornada tiempos, breves o largos, para responder de forma exclusiva al amor de Dios.

Para ello, insiste Madeleine, las perforaciones en medio de nuestra actividad nos mantendrá en la dinámica del amor divino, además de minutos exclusivos y específicos de silencio en la oración. Madeleine “es muy consciente de que es vital para la acción apostólica encontrar las condiciones adecuadas para rezar hoy en profundidad, tiempos que sean sólo tiempos de oración”<sup>30</sup>.

Así las cosas, podemos sintetizar la doctrina de nuestra autora sobre la oración en este texto que valora y pone en su lugar las diferentes formas de orar, a la vez que manifiesta su mística de la cotidianidad:

“Tenemos en primer lugar, los grandes momentos: los tiempos de recogimiento, la misa, etc., que no debemos su-

<sup>28</sup> Tal es la experiencia de conexión entre oración y vida secular en Madeleine, que, aunque ella expresa que hemos de orar por todo el mundo, las personas con quienes nos cruzamos y nos encontramos cada día, “a quienes tocamos y vemos tienen en ella (oración) un peso especial”. En *Ibid.*, p. 213.

<sup>29</sup> Cf. Mt 6, 33-34: “Buscad, ante todo el reinado de Dios y su justicia, y lo demás os lo darán por añadidura. Así pues, no os preocupéis del mañana, que el mañana se ocupará de sí. A cada día le basta su problema”.

<sup>30</sup> M. LÓPEZ VILLANUEVA, *Transfigurar lo cotidiano*, p. 182.

primir más que en caso de absoluta necesidad. No serán más oración que el resto de la vida, pero son necesarios para que el resto de la vida se transforme en oración.

Descubramos los pequeños huecos innumerables imprevistos y minúsculos que envuelven todos nuestros actos: la escalera que subimos para hacer una visita, la travesía de la casa para abrir la puerta, la espera de una llamada telefónica, etc.

En la medida en que encontremos y preservemos estos pequeños y grandes momentos, nuestros propios actos se transformarán en oración”<sup>31</sup>.

#### IV. HACIA UNA MÍSTICA ENCARNADA

Decir ‘mística encarnada’ es un epíteto puesto que no existe alguna clase de mística que no asuma el aspecto carnal-material del ser humano. De todas formas adjetivamos la mística de Madeleine para diferenciarla de una comprensión que identifique la mística con un misticismo etéreo. En este capítulo descubriremos cómo se materializaba la experiencia de Dios de Madeleine. Lo haremos a través de dos apartados: el primero sobre el amor fraterno y el segundo centrado en la evangelización.

##### 4.1. *La fraternidad crística*

Madeleine escribe: “El Reino de los cielos es amor personal en Cristo, de Dios para *cada uno* de nosotros y de cada uno de nosotros por *cada uno* de los demás. A través del amor de *cada uno* es cómo podemos amar a la humanidad”<sup>32</sup>. Y es que la mística francesa piensa que el amor a *cada* rostro y a su situación concreta es más real que cualquier sentimiento imaginario de amor a una masa indiferenciada. Además, deja bien claro que este amor concreto al hermano no es cosa nuestra, sino Cristo amándome a mí y amando a mi prójimo a través de mí. Es por eso que titulábamos este subcapítulo ‘La frater-

<sup>31</sup> De un texto inédito de Madeleine Delbrêl recogido en J. LOEW, *Vivir el Evangelio con Madeleine Delbrêl*, pp. 132-133.

<sup>32</sup> M. DELBRÊL, *La santidad de la gente sencilla*, p. 196.

nidad crística'. Cristo construyendo fraternidad. Fraternidad surgida en Cristo.

Ella experimentó que “el Evangelio debe recibirlo *cada uno*”<sup>33</sup>, ya que si bien Cristo ofrece su salvación a todos, ésta ha de ser acogida personalmente y no por una abstracción colectiva. Madeleine respondió a este amor personal de Cristo con amor al prójimo. Siendo el prójimo “*todo hombre vivo sobre la tierra*”, para ella se concretaba en aquella persona cercana “*cuya vida ha entrado en contacto con la nuestra*”<sup>34</sup>. En otro texto refleja nítidamente la motivación de su amor concreto: “No hay forma de amar a Dios sin amar a la humanidad, no es posible amar a la humanidad sin amar a todas las personas, es imposible amar a todas las personas sin amar a las personas que uno conoce con amor concreto”<sup>35</sup>.

Debido a su circunstancia, la mística de Irvy se fija en el “prójimo comunista”, su “prójimo inmediato”, y es que la mayor parte de sus compañeros de trabajo y vecinos en Irvy eran comunistas. Puede parecer tosco que Madeleine viniendo de un ambiente intelectual abierto y trabajando codo a codo con comunistas tipifique a su prójimo así. Desarrollaremos un poco este asunto en el siguiente subcapítulo con miras a nuestro hoy, pero quede claro que Madeleine no habla de “comunistas” en sentido despectivo, como se ha podido practicar dentro de la Iglesia española durante gran parte del siglo XX, sino como colectivo que se distingue del cristiano por definirse ateos y ateizantes. Estos son los prójimos concretos de Madeleine, a quienes quiso amar y amó desde Cristo.

La centralidad del amor al prójimo inmediato no quiere decir que Madeleine no se tomara en serio las injusticias de los sistemas político-económicos que causan desigualdad y exclusión estructural. Ella hace una crítica tanto al capitalismo (regido por el egoísmo individual) como al comunismo (empujado por un “mejor-estar” no respeta a cada persona concreta). Tampoco se conforma con dejar las estructuras y realidades sociales tal como están. Vindica a los cristianos el

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>34</sup> M. DELBRÉL, *La alegría de creer*, p. 189.

<sup>35</sup> M. DELBRÉL, *Nosotros, gente común y corriente*, p. 41.

pensar globalmente y que estemos muy atentos a las circunstancias de la realidad para comprometernos personalmente:

“Solemos actuar como si la Providencia sólo tuviese relaciones violentas con nuestro destino, como si solo actuase bajo la presión de las circunstancias y las convulsiones de los acontecimientos. [...] Pensamos que el abandono a la Providencia consiste en dejarnos trabajar por tales acontecimientos y circunstancias, sin pensar que *también* ellos deben ser trabajados por nosotros, que debemos desarrollar en ellos nuestra tarea de ayudantes, y que esto *también* forma parte de la Providencia”<sup>36</sup>.

“No estar - o no procurar estar - dispuestos a seguir el ritmo de los tiempos es hoy, respecto de Dios, un robo, y respecto de la Iglesia, el más dañino de los sabotajes. Para que una cuarta parte de la humanidad siga muriendo de hambre son necesarios todos nuestros minúsculos y crueles consentimientos”<sup>37</sup>.

Nuestra autora vislumbra de una manera muy distinta a la de las ideologías políticas la transformación de la sociedad; por medio de una fraternidad que no vea como enemigos a los de una u otra clase - ni luche contra ellos<sup>38</sup> -, sino que se centre en revertir los funcionamientos sistémicos malignos e inhumanos desde el *amor* que cada cual ponga desde el lugar donde esté. Es aquí, en mi opinión, donde los cristianos podemos tener una presencia profética en las sociedades. No, por llenar las iglesias, sino por el amor concreto que despleguemos en nuestro vivir, por conformarnos con Cristo en su “pasar haciendo el bien” y en su “ser manso y humilde de corazón”<sup>39</sup>.

Madeleine se dio cuenta de que la justicia y la fraternidad no llegarán desde arriba, sino desde la base, desde la transformación-*metanoia* de cada persona. Y a esto nos motiva y nos ayuda Cristo. Se

<sup>36</sup> M. DELBRÉL, *La alegría de creer*, pp. 191-192.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 193

<sup>38</sup> Cf. Mt 5,44: “Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen”.

<sup>39</sup> Cf. *Ibid.*, pp. 199-202.



puede resumir que la suya es una espiritualidad política que comienza obligatoriamente por el ambiente de cada cual.

Asimismo será convicción de Madeleine que la caridad y la cordialidad es el culmen de la oración y la liturgia. No es que tengamos que rezar buscando una utilidad práctica; Dios es el fin de la oración y de todo acto. No obstante, así como los Padres del Desierto y los grandes maestros de espiritualidad han dicho que percibimos si alguien lleva una vida de oración por su vida y caridad, Madeleine dice que “la prueba concreta de un espíritu litúrgico universal es nuestra aquiescencia a vivir algunas parcelas litúrgicas cordialmente con nuestros hermanos”<sup>40</sup>.

#### 4.2. *Vivir la fe y evangelizar en un ambiente descristianizado*

En esta segunda parte dedicada a cómo Madeleine encarnaba su mística nos enfrentamos a la compleja tarea de vivir la fe y sus consecuencias misioneras en un contexto secularizado, donde Dios es raro y los seguidores de Jesús son mirados con recelo. Este fue su contexto y en gran medida también el nuestro<sup>41</sup>.

Ya decíamos más arriba que Madeleine relaciona su prójimo y sus circunstancias con el comunismo, pero aclara: “Estoy persuadida de que estas constataciones puedes aplicarse a la mayoría de los medios ateizados que existen o se están constituyendo en 1964 (año del escrito)”<sup>42</sup>. Lo interesante por tanto es que su reflexión nos sirve a los cristianos hoy para seguir a Jesucristo en un ambiente laicista o cuanto menos de indiferencia ante lo religioso.

Como Madeleine<sup>43</sup>, queremos permanecer fieles a nuestra identidad cristiana y dar testimonio del Evangelio en un entorno (amigos, compañeros de trabajo o estudio) no simpatizante con la experiencia

<sup>40</sup> M. DELBRÉL, *La santidad de la gente sencilla*, p. 157.

<sup>41</sup> La visión de Madeleine están en clara sintonía con la del Decreto conciliar *Ad gentes divinitus*, n<sup>os</sup> 11-12.

<sup>42</sup> M. DELBRÉL, *La alegría de creer*, p. 199.

<sup>43</sup> Fue un necesario y discutido aporte para el mundo obrero francés su obra *Ville marxiste, terre de misión. Provocation du marxisme à une vocation pour Dieu* de 1957.

cristiana<sup>44</sup>. Lo primero y lo esencial, para Madeleine, es amar al prójimo próximo. Si éste es contrario a nuestra fe, amarlos de igual manera, porque somos hermanos. Y el amor exige conocimiento, por lo que hemos de preocuparnos por conocer “lo que son, lo que han vivido, lo que han hecho, lo que han amado...”<sup>45</sup>. Seguramente, si esa persona no es cristiana es porque, como sucedió con la extensión del comunismo, sea fruto de nuestra “traición” al cristianismo. Es clarificador traer aquí la sabida experiencia de Ghandi, enamorado del mensaje de Jesús (e incluso de su persona) pero incapaz de identificarse con el cristianismo porque los cristianos con su praxis habían olvidado el Evangelio. Así, muchos ateos, han encontrado la esperanza en la salvación material del mundo, en el trabajo en favor de los pobres y de un mundo más fraterno, a través de ideologías materialistas. Y ha sido, asume responsablemente Madeleine, porque los cristianos hemos traicionado la Esperanza aplazando para la vida eterna la salvación de los pobres. No hemos vivido como hermanos, no hemos compartido fraternalmente la vida y los bienes, no hemos amado concretamente. Hemos olvidado que la Esperanza tiene que ver con la fidelidad a la vida y a la tierra<sup>46</sup> mientras se confía en la plenitud final (*parusía*)<sup>47</sup>.

En un ambiente laico, la fe puede ser vivida con más autenticidad que en la *cristianitas* de antaño. Por supuesto, habrá que superar *pruebas* (incomprensión, soledad...). Requisito, para que no seamos traidores, es el amor a Dios, que por su naturaleza no se separa del amor al ser humano y a la tierra. Consecuentemente, colaboraremos con todos los seres humanos que estén dispuestos a transformar el mundo según el amor, porque:

<sup>44</sup> Mi experiencia en el ambiente universitario es que los indiferentes y, especialmente, los que conciben la religión como negativa, tienen una imagen de Dios y del estilo de vida cristiano en disonancia con el Evangelio.

<sup>45</sup> M. DELBRËL, *La alegría de creer*, p. 196.

<sup>46</sup> La esperanza cristiana malentendida es el origen de la feroz, y en parte, acertada crítica de Friedrich Nietzsche a los cristianos. *Así habló Zaratustra*, EM Editores, Madrid, 1995 (edición original de 1883): “Enfermos y moribundos eran los que despreciaban el cuerpo y la tierra e inventaban las cosas celestiales” (p. 60); “Envueltos en una capa de tristeza y ávido de esos pequeños incidentes que producen la muerte, esperan y esperan, apretando los dientes” (p. 71).

<sup>47</sup> Cf. M. DELBRËL, *o. p.*, pp. 195-201.

“Hemos de ser conscientes de que la fe no nos hace de nosotros superhombres, genios o héroes, que no nos hace «mejores» que los demás, mejores organizadores, constructores, pensadores..., que no nos hace distintos; la fe no nos libera de ninguna obligación humana, sino que nos da un trabajo, una función, una misión *para* el mundo [...], introducir en el mundo el amor mismo de Dios con «medios humanos», con «maneras de ser humanas»: las de Cristo”<sup>48</sup>.

Si nos fijamos en el anuncio explícito de la fe, habrá que comenzar con la expresión de San Francisco: “predica el Evangelio siempre y cuando sea necesario con tus palabras”. Y es que la evangelización no es proselitismo, es compartir lo que soy. Hablar con mi vida de buenas noticias porque soy amado por Dios. También con palabras porque no podemos escindir en la existencia humana obras de palabras, lo que soy y hago de lo que expreso.

Por lo tanto, la expresión pública de la fe se inicia compartiendo la misma vida de nuestros hermanos, los seres humanos, unidos a ellos. Siendo obrero con los obreros, estudiante con los estudiantes, amigos con amigos. Y ahí vivir impregnado por la fe de manera ubicada, “pensando en ellos, para que ellos puedan vivirla (la fe) a su vez. Vivirla tan bella, tan alegre tan sobrenaturalmente que todos tengan ganas de vivirla”<sup>49</sup>.

El misionero del que Madeleine habla es “alguien que reza, alguien que da testimonio, alguien que ama”<sup>50</sup>. *Rezar*, porque el amor que podemos entregar nos viene de Dios, y en la oración recibimos Amor. Para Madeleine el *testimonio* “implica un fervor de todo nosotros hacia la gracia de cada instante”<sup>51</sup>, es decir, estar de lleno en lo que estemos y con quien estemos, dejándonos habitar por Dios. Un *amar* que no deja fuera la “cruz” de cada día: la escondida en el trabajo, la escondida bajo algún acontecimiento incómodo que no esperábamos, la escondida en los agobios y descubierta en la muerte<sup>52</sup>.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 201.

<sup>49</sup> M. DELBRÉL, *La santidad de la gente sencilla*, p. 86.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>52</sup> Cf. *Ibid.*, p. 104.

## V. PARA UNA ASCESIS HUMANIZADORA Y LIBERADORA

Solemos creer que somos libres si estamos carentes de elementos externos que nos impiden tomar nuestras propias decisiones autónomamente. En cristiano ser libre es ir alcanzando una libertad como la del Hombre libre, Cristo. La libertad se concreta en amar sin impedimentos. Amar más allá de los miedos, más allá del qué dirán, incluso más allá de que las consecuencias se puedan volver contra uno mismo. También es amar a pesar de nuestras debilidades y es amar sacrificándose. Por eso un factor muy importante en la consecución de la libertad es la *ascesis*, que nos ayuda a superar nuestros hábitos e impulsos negativos y, en general, a poder “empuñar nuestra existencia”<sup>53</sup>, a tener las condiciones de posibilidad para ejercer el amor concreto. No entendemos *ascesis* como autoimposición de cargas que busca un sufrimiento que nos identificará con Cristo crucificado (así se pudo entender en otra época). Lo comprendemos de manera humanizadora, como herramienta y disciplina ineludible para que nuestra vida no sea una veleta que gira según la ocasión de los vientos.

Podríamos decir que siempre, y particularmente en nuestro mundo “líquido”<sup>54</sup>, enredado e hiperconectado<sup>55</sup>, necesitamos una *ascesis* para ser mujeres y hombres de oración. De la mano de Madeleine Delbrêl vamos a proponer algunas líneas que nos sean útiles para conectar con el Dios secular en medio de nuestras actividades seculares. Desde los anteriores capítulos el lector ya posee geniales ideas sobre la posibilidad de estar unido amorosamente a Dios en lo más cotidiano. Este capítulo se dirige a aquellos - la mayoría - que sienten la ne-

<sup>53</sup> Utilizando términos del pensamiento existencialista de Martin Heidegger.

<sup>54</sup> Denominación del filósofo y sociólogo Zygmunt Bauman, recientemente fallecido, que reflexiona sobre el ser humano de hoy mirando su falta de compromiso, su inserción en el consumismo, su búsqueda de autonomía, la globalización de la exclusión y otros interesantes temas. Cf. *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires, 1999; *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid, 2001; *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona, 2005; *Mundo Consumo*, Paidós, Barcelona, 2010; *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*, Paidós, Barcelona, 2015.

<sup>55</sup> Porque las 24 horas estamos a un clic o a un aviso de comunicarnos con un “amigo” o *follower*.

cesidad de acudir a algunas pautas más definidas para vivir continuamente en la presencia de Dios en cualquier circunstancia.

Antes de entrar en ello se ha de advertir que cualquier camino oracional que hagamos, si quiere ser tomado en serio, requiere lo que Santa Teresa llamaba una “*determinada determinación*”. Esto es, estar convencido con firme voluntad de perseverar en ello a pesar de las dificultades y de los deseos de abandonar el camino comenzado, que se presentarán.

A partir de un fragmento de nuestra autora vamos a distinguir tres pasos que nos faciliten el fin deseado: orar, abrírnos al Dios que quiere encontrarse con nosotros:

“Si nuestra vida tiene [1] *pausas* posibles, ella quiere poseer a la vez un poco o un mucho de esas pausas exige que [2] nuestro espíritu se ocupe *exclusivamente de ella* (la Palabra de Dios), quiere de él el sacrificio de todo lo que vale menos que ella. Quiere que oremos con ella olvidados de todo lo que es tan poca cosa a su lado.

Si nuestra vida está tan atiborrada de deberes que las pausas son imposibles, si nuestros hijos, el marido, la casa, el trabajo lo invaden casi todo, quiere que creamos lo suficiente en ella, que la respetemos lo suficiente para saber que su fuerza divina le hará siempre *hueco*. Entonces la veremos resplandecer [3] *mientras* caminamos por la calle, mientras realizamos nuestro trabajo, mientras cocemos las verduras, mientras esperamos una llamada de teléfono, mientras barrremos el suelo. La veremos resplandecer *entre* dos frases de nuestro interlocutor y entre dos cartas que escribimos, al despertarnos y al dormirnos”<sup>56</sup>.

[1] *Encontrar momentos diarios de pausa*. La propuesta es fijar al menos un posible momento para detenerse a orar en medio de la jornada. Si solo se pretende dedicar un momento (realistamente es lo mejor en los inicios), lo óptimo es que siempre sea en el mismo horario o vinculándolo con la actividad que lo antecede o sucede. Pero se pueden contemplar varias oportunidades en el día para orar, tratando

<sup>56</sup> M. DELBRÊL, *La santidad de la gente sencilla*, p. 167. Los corchetes y las cursivas están señalados por mí para resaltar los tres pasos.

de pausarnos para orar en alguna de ellas. Por ejemplo: antes de desayunar, antes de merendar, antes de cenar, aprovechando un descanso... Si es difícil encontrar pausas tendremos que ser imaginativos y sustituir unos cuantos minutos de nuestro tiempo *solo para Dios*. Se me ocurren dos momentos que, desde mi experiencia, suelen convertirse en pausa y que pueden ser útiles como idea: a) para los que asistimos a clase o trabajan solo por la mañana suele existir a mitad de la tarde al menos un rato en el que dejamos de estudiar o de hacer tareas; b) también el rato desde después de cenar hasta que nos acostamos suele ser largo y muchas veces pasamos bastante tiempo viendo la televisión o entreteniéndonos por internet. Ciertamente esto no sirve para todo el mundo y menos si pensamos en el ajetreado mundo laboral de nuestros días. Cada uno posee la mejor sabiduría sobre sí mismo para conocer su mejor momento en el que parar<sup>57</sup>.

[2] *Orar en un hueco de desconexión*. La oración a la que invitamos es de exclusividad para con Dios, lo cual no supone un rechazo del mundo ni de la acción, porque Dios lo *es* del mundo y porque en Cristo todo queda recapitulado y plenificado<sup>58</sup>. Se trata de consagrar un rato únicamente para Aquel que es el Sentido y la Plenitud de la vida. Para ello hemos de hacer una real desconexión de todo en ese momento: de las tareas, imágenes, y ruidos ordinarios, especialmente de lo que más nos puede distraer (ej.: 'whatsapp'). A veces ese rato de silencio estará acompañado por ruidos externos, no importa, ahí Dios nos recuerda que es omnipresente.

¿Qué hacer en ese rato? La iniciativa en la oración es del Espíritu Santo por lo que nosotros simplemente tenemos que disponernos. Para tal preparación habrá de tener en cuenta el tiempo, el espacio, nuestro cuerpo - pues somos cuerpo. Un tiempo sosegado (a mi criterio no menos de 10 minutos aunque no es determinante la duración), un espacio que no facilite dispersión, un estar corpóreamente relajados, una actitud de enteridad de nosotros mismos. Como medio para acoger el amor de Dios, Madeleine hablaba de concentrarse en el corazón y amar a Dios. Más definido aún, sin ignorar lo anterior, es orar desde los textos del *Evangelio*<sup>59</sup>:

<sup>57</sup> M. DELBRÊL, *La alegría de creer*, pp. 237-238.

<sup>58</sup> Cf. Ef 1, 10.

<sup>59</sup> Cf. M. DELBRÊL, *La santidad de la gente sencilla*, pp. 162-166.

1º) Leerlo.

2º) Dejarse penetrar por las palabras que a cada uno lleguen con más unción, “como el grano en la tierra, como la levadura en la masa, como el árbol en el aire y, si él lo consiente, podrá hacerse de una forma nueva más natural como una experiencia nueva de esas palabras”<sup>60</sup>.

3º) “Necesitaremos saber desear comulgar con todos los demás”<sup>61</sup>.

Transversalmente y con toda la vida de por medio: permitir que todas las energías interiores y todas las profundidades (aspectos) de nuestra existencia vayan siendo evangelizadas, o sea, conformadas con la vida de Cristo.

[3] *La mística del mientras y el entre*. Diferenciamos aquí ‘la mística del mientras y el entre’ en dos sentidos. El primero es el estado de contemplación del que ha crecido en el camino espiritual y llega a una mística de la cotidianidad. Es un fruto del silencio contemplativo: de él surgirá una luminosidad en medio de las actividades cotidianas. Si dejamos transparentar la Luz divina que nos habita, si penetramos en el misterio del Reino de Dios que está dentro de nosotros; captaremos la Luz que trasluce en todo y descubriremos que el Reino de Dios está entre nosotros.

En el segundo sentido ya no nos focalizamos hacia un estadio del camino espiritual sino que tratamos de andar directamente a través de la mística de la cotidianidad. Esta puede ser a veces la única manera de consagrar unos instantes de nuestra jornada en amor a Dios si no hemos podido sacar un rato más largo de oración. Son las “perforaciones” a las que ya destinamos algunas líneas. “Mientras caminamos por la calle, mientras realizamos nuestro trabajo, mientras cocemos las verduras, mientras esperamos una llamada de teléfono”, y un largo etcétera de ocasiones, o incluso “motitas de tiempo libre”<sup>62</sup>, pueden ser *kairós* para lanzar y susurrar tierna y silenciosamente una jaculatoria, un mantra al Señor o unas palabras arrancadas del Evangelio, al estilo del Peregrino ruso.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 162. Cursiva mía.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 164. Cursiva mía.

<sup>62</sup> M. DELBRÉL, *La alegría de creer*, p. 236.

Dos últimas señalizaciones pertinaces que sintetizan y concluyen el capítulo y el trabajo. La primera, “las perforaciones *no se improvisan*”<sup>63</sup>, piden de nosotros una ascesis<sup>64</sup>. Segunda, el deseo de orar y el despliegue mismo de la oración genuina proceden de la gracia, son don de Dios<sup>65</sup>. Convertir la vida espiritual en un esfuerzo es arruinarla. Obsesionarse por los medios es haber abandonado la fe en Dios. Lo propuesto, reincidimos, es un camino para la libertad. Craso error sería maniar la experiencia de Dios, vivir ante Él con la calculadora. Todo es don. Todo es gracia. Nuestra respuesta, aceptar la invitación de bailar con la Trinidad, participar de su comunión que es danza (*perijóresis*):

“Haznos vivir nuestra vida,  
 no como un juego de ajedrez en el que todo se calcula,  
 no como un partido en el que todo es difícil,  
 no como un teorema que nos rompe la cabeza,  
 sino como una fiesta sin fin donde se renueva el encuentro contigo,  
 como un baile,  
 como una danza,  
 entre los brazos de tu gracia,  
 con la música universal del amor.  
 Señor, ven a invitarnos”<sup>66</sup>.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 237.

<sup>64</sup> Úsese de apoyo, en lo que esclarezca, el primer paso: *Encontrar momentos diarios de pausa*.

<sup>65</sup> Cf. *Ibid.*, pp. 230-231.

<sup>66</sup> Poema “El Baile de la obediencia” en M. DELBRÉL, *Nosotros, gente común y corriente*, p. 89.